

Rotary patrocina
la restauración de la sala
de sobremesas del
Cottolengo del Padre Alegre,
en Horta-Guinardó



Reforma patrocinada por:

Rotary Club de Barcelona Pedralbes

Rotary Club de Barcelona Mar

Rotary Club de Barcelona Europa

COTTOLENGO DEL PADRE ALEGRE

La paloma, la Sirenita y la operadora

Buscaban solaz y tres amigas lo hallaron en una salita proyectada como un refugio de duendes. En la primera planta del edificio del Cottolengo, gestionado por 25 Hermanas Servidoras de Jesús y por el que se extienden como una hiedra las concavidades azulinas del Park Güell, la "sala de recreativos", en forma de ele, se ha convertido en la *casa de la pradera* de Pili, Maite y Pepita. Aquí coinciden los sábados, a las tres de la tarde. En invierno, cierran los doce ventanales, por los que pasan las listas de luz, cada uno de ellos con dos ventanucos, y se recogen y se acurrucan al calor de sus

mantas de franela, y se cuentan naderías. En verano, abren las doce ventanas, cada una de ellas de un blanquecino azahar que llega al cielo, y se refrescan con el romero despreocupado y las saludables buganvillas y los cordeles de geranios del jardín, y con el trino del único canario amarillo sin nombre que come alpiste con su pico desbravado.

El Rotary Club de Barcelona Pedralbes, el Rotary Club de Barcelona Mar y el Rotary Club de Barcelona Europa, en su campaña de donaciones, han realizado la reforma de la sala, que ha cambiado

los marcos de madera de cedro de las antiguas ventanas por listones de aluminio. «Que Dios os lo pague, que Dios os lo pague, que Dios os lo pague», repite tres veces, como tres credos, la madre superiora, la hermana María Milagros, enfermera, esperanzada y planificadora como el entrenador del Real Valladolid, Javier Clemente. La Madre Milagros lleva siete años en el puesto. Su busca («he de estar localizada, estas galerías son muy largas») maúlla y vibra a las horas en punto, con la intemperancia del jefe de la unidad de riesgos de Price Waterhouse. «Que Dios os lo pague.»

La paloma

Desde que entró con tres añitos, María Pilar García (Barcelona, 1966) se levanta a las siete y cuarto de la mañana con un resorte en los pies, sin el atolondramiento de los crápulas nocturnos que cuelgan del techo en el cercano *Delicias*, en la carretera del Carmelo, el local de tutes y carajillos de María Brizard con hielo de *Últimas tardes con Teresa*, de Juan Marsé. Pilar salta de la cama con ruedas, de una habitación como una crujía con 30 camas con ruedas ("el salón de camas"), en la primera planta, y se pone las gafas de patillas metálicas y finos cristales de unas formas que recuerdan a las lunetas de la catedral de Worms. Baja a la capilla, en la planta baja, alumbrada por el lema del Padre Alegre (1874-1930), el fundador del centro en Barcelona: "Buscad primero el reino de Dios y su justicia, que todo lo demás se os dará por añadidura" (originalmente, un lema escrito sin la coma, pues se lee de corrido y se asume como un apóstito). "La iglesia es lo primero que enseñamos a los visitantes porque aquí está el dueño de la casa", guía la Madre Milagros, tocada con el velo de tafetal y dotada de la paciencia de Gordon Brown, quien maldice a los *tories* mientras escucha el servicio religioso en North Queensferry. Pili se coloca cerca de la imagen de la Virgen del Socorro, en el penúltimo banco, cabe la puerta. Reza el *Ángelus*: "Dios te salve, María, llena eres de gracia. El Señor es contigo. Bendita tú



eres entre todas las mujeres y bendito sea el fruto de tu vientre, Jesús" (originalmente, sin puntos).

Posteriormente, a las ocho menos cuarto, Pili coge el ascensor con indolencia y salta a la cuarta planta, la de los niños, que se dividen en grupos según su minusvalía (la mayoría, parálisis cerebrales como consecuencia de partos complicados). Les da de comer papillas y purés con una cuchara que posteriormente lavará en el *office*, una palabra que suena a *panel de control*, pero que hace referencia al lavavajillas automático de acero inoxidable.

Luego, desayuna, y se pone hasta el quico de bollería y mantequilla (no le está permitido el chocolate).

Baja al lavadero con los calcetines más sucios. Cuando sube, dobla la colcha y la guarda en el armario, junto a la ropa personal. La fisioterapeuta le espera.

Como es sábado, se libra de las clases. La Madre Milagros se adelanta: "Estudia lenguaje, matemáticas, pintura y música", pero ella lo completa con sus particulares observaciones, con una cara de luna arrebolada: "Estudio lenguaje, que se me da

bien; matemáticas, que me sale un *chuchurrío*; pintura, que se me peor, y música; toco la guitarra”.

Jesús, impedido en una silla de ruedas y de una locuacidad tan proverbial como problemática, le enseña informática en el aula, instalada por “unos señores del Canadá” expertos en la adaptabilidad de los teclados multifuncionales.

Después de comer (alimentos donados, entre otros, por Mercabarna), a las tres, en la sala recreativa, en forma de ele y con doce ventanas con cortinas de brocatel y sol, Pili se sienta en

una de la docena de sillas con respaldo guanteado, frente al televisor, o en alguno de los dos sillones orejeros al lado del piano. A veces, juega al parchís, en el que se ha destacado y en el que se ha proclamado campeona (“hicimos un concurso y arrasé; gané una merienda”). Este sábado ha consensuado con sus compañeras (un grupito “muy majo” de entre los 168 residentes del Cottolengo) la película que verán: *Historia de una monja* (Fred Zinnemann, 1959), que se ha impuesto a *La paloma de la Paloma* (quiere decir *La verbena de la Paloma*) y a *Cómo ruge la marabúnda* (quiere decir *Cuando ruge la marabúnda*).

La Sirenita

María Teresa Blázquez (Barcelona, 1968) se llama Maite. “¿Que cómo me llamo? Me llamo Maite, pero me llamo María Teresa.” Maite se podría llamar como la princesa Leia, de *Star Wars*, aunque se llame Maite. Le encanta navegar por Internet, del que se baja series de ficción con la ayuda de su hermana. “Como no puedo viajar por mí misma [padece una enfermedad degenerativa], viajo por Internet. Ahora estoy en Venecia, que es el país que prefiero, con sus góndolas y su festival de Venecia. También me gusta otro país: Atenas..., digo Grecia”, enumera, mientras apunta con los dedos, para que no se le olviden, los dos últimos Estados que ha visitado virtualmente.

Cuando Maite se levanta, a las siete y cuarto de la mañana, bosteza entre cinco y diez veces, con un mohín de desdén, y no se espabila del todo hasta que no acude a la iglesia, en la que reza el Ángelus con los ojos cerrados: “Dios te salve, María, llena eres de gracia. El Señor es contigo. Bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito sea el fruto de tu vientre, Jesús”. Morena, con el pelo corto, y tan suave como las plumas, y vivaz, posee una memoria en la que se asientan, sin sofocos, los números restantes de las raíces cuadradas y las soluciones a unas cuantas definiciones de sopa de letras: “En el escaño de Rosa Díez. Gritos vehementes de las masas” (7. horizontal); “Amperio. No lo es el cobardica. El padre de Benazir Bhutto” (9. horizontal), y “El ornitorrinco lo es. Aceite inglés” (10. vertical). “Soy muy buena con los crucigramas, ¿eh, Madre Milagros? Soy muy buena. Por eso acierto muchas de las respuestas de *La ruleta de la fortuna* [por *La ruleta de la suerte*, presentado por Jorge Fernández, en Antena 3 Televisión]”, tartaja, y se enorgullece, y se le llenan los carrillos de satisfacción y baja los párpados con donaire y esbeltez.



Cuando Maite se levanta deja la cama sin hacer, por dos razones: 1. Ella no es muy diestra con los dobladillos y el embozo le sale tan torcido como la Torre de Pisa, y 2. Sabe que su amiga María Pilar García, Pili, se encargará de dejarla impecable, con las sábanas oreadas, la habitación aireada y la funda de la almohada sin una arruga ni una cana.

Luego, con la ayuda de la “fisio”, se ducha con agua caliente (donación de Gas Natural).

Los sábados, Maite lee. La Biblia ya la tiene muy sobada (“Aquí está mi siervo, a quien he escogido, mi amado en quien me deleito”) así que aprecia otras lecturas sacrosantas y férvidas, sin caer en la mistificación o en la ramplonería, y tampoco en obras de fenomenología o en la metempsicosis. Ahora está leyendo *Secuestrado*, de Robert Louis Stevenson, las aventuras del huérfano David Balfour.

Lee desde que ingresó en el Cottolengo, a los 13 años, del que se fue cuando tenía 25 (“brincando y con mucha tristeza”), y al que volvió hace tres años por un empeoramiento de su estado: “Aquí ya me quedo para siempre”. “Me gusta mucho leer. También me gusta cocinar: sé hacer un bizcocho, *panellets* y una pizza.”

Los sábados, después de comer, a las tres, Maite se sienta en el sofá de la sala de estar. Como es sábado, y aunque son las tres, en La 2 de TVE echan deportes (tenis; le aburre, “muy plasta”) y no *Saber y ganar*, el concurso que presenta Jordi Hurtado desde el Pleistoceno. Por ello, ha accedido a la propuesta conjunta de ver un deuvedé: *Historia de una monja*, que ha triunfado sobre sus dos directas competidoras: *Abuelo made in Spain* y *La Sirenita*.

La operadora

Treinta años tenía Pepita Pericay (1932, Pals, Girona) cuando entró, ayudada por muletas, en el Cottolengo. Cojitranca, nostálgica, bondadosa, Pepita se mueve merced a una silla automática accionada por una palanca de mandos, que ha aprendido a usar con tanta destreza como Mark Webber su *Red Bull*.

Cuando Pepita echa la vista atrás, vestida con colores de llamativos machetazos (trajes de segunda mano; en la entrada, este cartel: "Dominicos y festivos agradecemos no traigan ropa"), repasa con su milagrosa capacidad retentiva el desarrollo urbanístico de los barrios del contorno, que ella ya ni reconoce: "Esto estaba plagado de barracas, desde la montaña Pelada. Y era un erial. Más abajo de la carretera había una casa de muñecas, y junto a la casa de muñecas, la casa de Juan Guerrero", rememora, y a la pregunta de este redactor de quién era ese tal Juan Guerrero, responde con una evasiva de autoreflejo: "Nada, uno de por aquí".

Con su silla asiste al oficio religioso, todas las mañanas. En el presbiterio, a la izquierda del ambón, un ascensor con agarra-deras permite superar los tres escalones que conducen al altar. Desde allí siente más cerca "la palabra de Dios": "*Dios te salve, María, llena eres de gracia. El Señor es contigo. Bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito sea el fruto de tu vientre, Jesús*".

Los velones rojos despabilados se consumen con la misma lentitud que la cacahazuda Pepita, que sigue recomponiendo a escala el complejo asistencial: "Primero se construyó el pabellón, en los años cuarenta, y luego la zona sanitaria de Santa Ana, en los alrededores, y más tarde este edificio en el que estamos. Claro, eran otros tiempos, había monjas de planta y el doble de novicias".

Pepita Pericay echa una mano en la centralita, en recepción,



en la que una de las monjas de mayor edad atiende las llamadas al tiempo que borda un tapete. Pepita, la operadora, se conoce a la perfección el manejo del cacharro con teclas que sustituyó al teléfono de rosca. Cuando algún familiar llama a María Teresa Blázquez, Maite, es Pepita quien le coge el recado, que apunta con el mismo tino con el que los interventores del SPD cuentan los votos en los comicios de Renania del Norte-Westfalia. Le hace gracia tanta pulcritud: "Cuando me vaya al otro mundo, San Pedro me recibirá encantado: 'Sube, sube, hija, sube'", se mofa de sí misma, y su carcajada pasaría des-

apercibida entre las risa enlatadas del programa de chistes *No te rías, que es peor*.

Sólo le entristece el vudú de una incomparecencia. Hace unos meses, varios grupos de residentes visitaron la catedral de Santiago con motivo del Jubileo: "Servidora no pudo ir".

Los sábados por la tarde, a las tres, Pepita busca el sol, después de una fugaz escapada al jardín, en el que se volatiliza, embriagada por el olor untuoso de las margaritas y por los mensajes que como guirnaldas penden del dintel: "Este es mi mandamiento: que os améis los unos a los otros como yo os he amado" y "Alabado sea Jesucristo". Apenas desentonaría, dicha de corazón, esta frase del presidente ruso Dmitri Medvédev, que ese sábado aparecía en un despiece de diario: «La paz es frágil, como lo ha sido siempre, y estamos obligados a recordar que la guerra no empieza de repente».

Finalmente, se coloca en una esquina de la sala recreativa, más soleada que la Plaza de las Tres Culturas de la ciudad de México. No le importa que la tele esté encendida y que pongan *Historia de una monja*. Ella se arrima a las ventanas nuevas, doce ventanas catedralicias como doce apóstoles. Pili le empuja la silla cuando prefiere la compañía.

Buscaban solaz, y Pili, Maite y Pepita, las tres amigas, lo hallaron en esta salita proyectada como un refugio de duendes. Pili le hace la cama a Maite;

Pepita deja nota a Maite, y Pili pasea a Pepita por el jardín de buganvillas. La Hermana Madre María Milagros pliega las manos sobre el pecho, mostrando

su gratitud: «La Providencia nos ha dado los medios para seguir adelante. Díganles a los rotarios que les damos gracias a Dios por las ventanas, díganse lo».

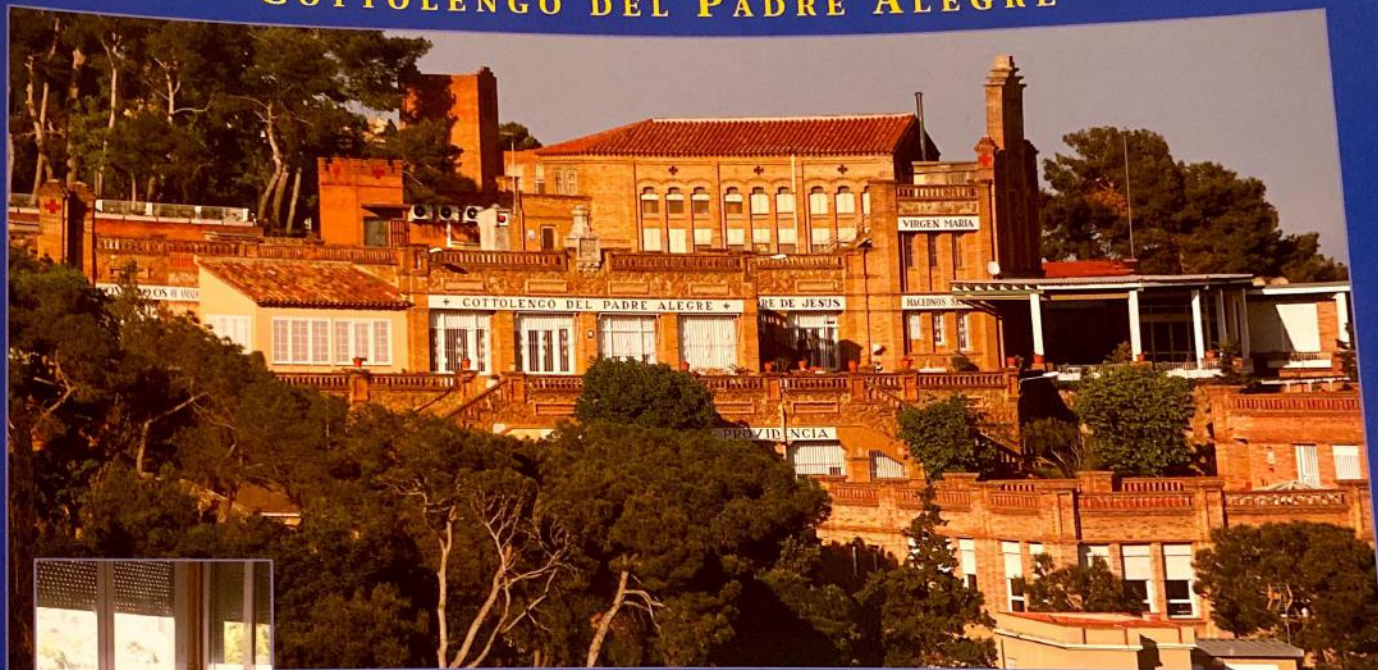
Texto: Jesús Martínez • Fotos: Marc Javierre • Diseño: Enric Font



La sala de descanso del Cottolengo del Padre Alegre, en Barcelona, después de ser colocadas las nuevas ventanas que impiden el paso del frío, la humedad y el ruido. Las internas disfrutan de una nueva y cómoda situación para leer, ver la televisión y charlar entre ellas.

Barcelona, 8 de mayo de 2010

COTTOLENGO DEL PADRE ALEGRE



CASA DE BARCELONA

Carretera del Carmelo, 19

Tel. 932 132 900

curia@cottolengopalegre.org

www.cottolengopalegre.org

«El 23 de octubre de 1939, festividad de Cristo Rey, nace, en Barcelona, la congregación religiosa de Hermanas Servidoras de Jesús. El fin específico es entregar la vida al servicio de Jesucristo en el hermano pobre y enfermo más necesitado, formando con él una familia que quiere vivir total y filialmente confiada en el amor de Dios, Padre Providente, y en adoración constante a Cristo, el Señor, en el Misterio de la Eucaristía. Las Servidoras de Jesús del Cottolengo del Padre Alegre y sus acogidos forman una sola Familia: el Cottolengo del Padre Alegre.»



ROTARY CLUB DE BARCELONA PEDRALBES

Hotel Princesa Sofia

Plaça Papa Pius XII, 4

08028 Barcelona

Tel. 639 327 327

rotary_pedralbes@yahoo.es

www.rcbp.org



ROTARY CLUB DE BARCELONA MAR

Hotel 1898

La Rambla, 109

08002 Barcelona

Tel. 699 944 519

rcmarbcn@gmail.com

www.rcbcnmar.org



ROTARY CLUB DE BARCELONA EUROPA

Hotel Hesperia Presidente

Avda. Diagonal, 570

08037 Barcelona

Tel. 672 012 112

club@rotaryeuropa.es

www.rotaryeuropa.es